

mi propiedad privada

mary ruele



kriller71 ediciones / Colección Mula Plateada #17
<http://kriller71ediciones.com>
info@kriller71ediciones.com

coordinación aníbal cristobo
asesor editorial fruela fernández
asistente marina miravet cristobo

imagen de portada rennie pilgrim
isbn 978-84-127399-4-7
depósito legal B 19037-2023

© mary ruele, 2023
© de la traducción, patricio grinberg, 2023
© de esta edición, aníbal cristobo, 2023
Todos los derechos reservados.

Imprime Estilo Estugraf Impresores, S.L.
Este libro está realizado con papeles certificados FSC®, elaborados a través de materia prima obtenida en bosques sostenibles, todas las empresas que intervienen en la transformación de la misma están debidamente registradas, cumpliendo con todas las normas de medio ambiente vigentes en la CEE



mi propiedad privada

mary ruele

traducción de patricio grinberg



Los huesos incómodos, la llamativa distancia desde los pies y las puntas de los dedos hasta el cerebro, también; y esos litros y litros de sangre. Me estremecí. Era poco menos que un milagro que se salvaran del daño constante. ¡Qué cuerpo tan amplio en el que morir!

Walter de la Mare, *Memorias de una enana*

PEQUEÑO LÁPIZ

En el departamento de policía me pidieron algo soso y sencillo. Mary, dijeron, se llama *declaración*. Me llevaron a un patio donde siempre almorzaban y me mostraron un arbolito que se estaba muriendo. Algo de cuatro patas se lo había comido bastante. No dramatices, me dijeron. Prometí que no, pero estaba pensando en que ese algo-con-cuatro-patas en verdad había dramatizado y que el árbol, en respuesta, ahora se veía dramático, en la extraña situación de tener que morir. Todos los policías estaban sentados comiendo sándwiches y me ofrecieron uno. Este está delicioso, dijo un teniente, mi esposa lo hizo. Al ver que era mantequilla de maní y mermelada pensé que estaba dramatizando, pero no dije nada. Me quedé sentada mirando el árbol y comiendo la mitad de mi sándwich. Cuando estuve lista pedí un lápiz y me dieron uno de esos pequeños lápices. Tampoco dije nada sobre eso. Simplemente escribí mi declaración y se las entregué; era una descripción del árbol que tenían la intención de darle a su capitán como regalo de Navidad; me refiero a mi descripción, no al árbol, porque el Capitán amaba ese árbol y amaba mi escritura y cada uno de los policías esperaba ser ascendido en el corazón del capitán y, quién sabe, tal vez obtener un aumento. Incluso, después de tanto estar sentada en el patio comiendo medio sándwich, me sentí bien compartiendo, así que cuando me preguntaron si tenía algo más que decirles les dije que al principio entiendes el mundo pero no a ti mismo, y cuando finalmente te entiendes a ti mismo ya no entiendes el mundo. Parecieron satisfechos con eso. Policías, son todos tan jóvenes.

LLAVES

¡Pobres llavecitas! No siempre se debe esperar el éxito: la resistencia pasiva se ha convertido en el credo de las llaves, asumiendo la forma de lo que sus torturadores llaman obstinación, y una vez se ha vuelto hereditaria, temo que nada en el mundo puede cambiar eso. Todo lo que se puede hacer es rescatar de vez en cuando un ejemplar solitario y probar lo que el cuidado y la bondad pueden hacer con él. No hace mucho, impresionado por la crueldad con la que eran tratadas, un caballero bondadoso, que tenía sus propias teorías sobre las llaves, decidió que criaría una llave joven como se cría a un niño. Trajeron a una llavecita y la mantuvieron en una cerradura, pero cuando llegó el momento, la llave no salía de su cerradura y nada nunca la sacaría. Las emociones de la llave eran las de un caracol sacado de su caparazón. Nunca se supo qué fue de esa llave, pero parece seguro que una cerradura la llevó a otra, y tengo la más profunda esperanza de que el benevolente caballero la deje vivir probándola en cualquier otra cerradura, y que finalmente ambos hayan encontrado una emoción auténtica, incluso si se tratara de una derrota.

POR FAVOR LEE

Érase una vez un pájaro, Dios mío.

Clarice Lispector

Soy el jilguero amarillo que llegó a su comedero una hora antes de que muriera. Yo fui el último ser vivo que vio, así que mi responsabilidad fue grande. Aunque todo lo que hice fue comer. A lo largo de ocho largos meses de invierno, las aceitosas semillas negras de girasol no habían sido tocadas, nadie de mi especie ni de ninguna otra se había acercado a ellas. Era demasiado trabajo. Incluso si hubiéramos tenido la fuerza que no teníamos, medio muertos de hambre como estábamos, no estábamos de humor para romper nada. En la mañana del veintidós de abril, se las llevó y volvió a llenar el comedero con semillas de girasol, bocados brillantes cuya dura cáscara exterior había sido arrancada por alguna máquina lejana e intrincada. Volvió a entrar y esperó. Desde mi rama pude verla hacer las cosas que le gustaba hacer: levantó una toalla del suelo, llenó un formulario para suspender el correo, hirvió agua, miró al vacío. Ella me vio venir. Su rostro destelló, si no exactamente con alegría, con el brotar ordinario de la vida. Es cierto que había una hoja de vidrio entre nosotros. Pero pude ver las semillas de sus ojos y las comisuras de su boca hacia arriba. Me comí una semilla. Giré mi cabeza. Me miró como si fuera el último ser vivo de la tierra. Y así como estaba, seguí comiendo.

AFORTUNADA

Mientras dormía, Dios irrumpió en mi corazón y clavó fotos de sí mismo vestido de diferentes maneras. Me preguntó cuál me gustaba más, pero era evidente que me iban a gustar todas. No me gustaba ninguna, pero había una, una túnica blanca con un halo azul flotante sobre el escote donde debería estar Su rostro, y pensé que con esa imagen al menos podría expresar mi Miedo. Entonces dije que me gustaba. Inmediatamente Él dijo que no tenía gusto. Pensé que me despertaría con mal sabor de boca y elegiría para el día ropa de colores brillantes del tipo que yo nunca usaría, pero eso no sucedió. Dormí sin sueños como un bebé, y cuando me desperté estaba desnuda como un bebé, y sola, y con miedo.

OBSERVACIONES SOBRE EL SUELO

El planeta visto desde muy cerca se llama *suelo*. El suelo puede aflojarse con la mano humana, o utilizando una pequeña herramienta sostenida con la mano humana, como una *pala*, o una herramienta aún más grande, como un *pico*, o una variedad de máquinas comúnmente llamadas *maquinaria pesada*. Enterramos a nuestros muertos en el suelo. Aproximadamente la mitad de los muertos están enterrados en cajas y la otra mitad sin cajas. Una caja para enterrar es un símbolo de respeto por los muertos. Somos la única especie que cubre así a nuestros muertos. Una forma más antigua, más minimalista, de cubrir a los muertos era envolverlos en una tela.

Además de enterrar a los muertos en el suelo, enterramos nuestros desperdicios, también llamados *basura*. Montañas de basura hechas por el hombre se juntan con maquinaria pesada y luego comprimen contra el suelo. El lugar donde se entierra se llama *basurero*. El lugar de los muertos enterrados en cajas se llama *cementerio*. En ambos casos se está relleno el terreno. Un cadáver en una caja se puede meter en el suelo con maquinaria pesada, pero no lo consideramos basura. Cuando los muertos no están en cajas y hay una montaña artificial de ellos, usamos maquinaria pesada para enterrarlos juntos, como basura. Se estima que sea donde sea que caminemos estamos caminando sobre un pedazo de basura y los restos duros e insolubles de los muertos. En cualquier caso, los muertos y la basura están juntos en el suelo donde no podemos verlos, porque no disfrutamos de su imagen o de su olor. Si no seguimos enterrando, correríamos el riesgo de ser superados.

También enterradas en el suelo hay *semillas*, que queremos ver cuando emergen del suelo en su forma posterior, es decir, como

plantas. Las plantas que surgen del suelo son esenciales para la vida. Enterrar una semilla es *plantarla*. Cuando se planta una semilla y no se la vuelve a ver, los que la enterraron se entristecen. La planta anticipada que le pedíamos a la semilla no se ha materializado. Está muerta y permanece enterrada. Se utiliza maquinaria pesada para plantar grandes extensiones de tierra con semillas. Cuando todo un campo de trigo tembloroso se eleva de la tierra, hay una creciente sensación de felicidad entre aquellos que enterraron las semillas. La felicidad también está presente cuando emerge un árbol, o un árbol que dará frutos, o plantas comestibles de hojas verdes que se plantaron anteriormente. Cuando las *flores* surgen del suelo, coloridas y moldeadas en una asombrosa variedad de formas, los vivos se ponen *particularmente* felices. Las flores no solo son admiradas por su bella forma exterior, sus aromas son capaces de abrumarnos y por eso son apreciadas. Nada, al parecer, hace tan felices a los vivos como una flor. Las flores son de las cosas más esperadas de la tierra. Por eso, separamos la flor del suelo y se la presentamos a otro para que la sostenga o la mire. Después de un tiempo, la flor que se ha separado del suelo *muere* y la tiramos a la basura. Las flores a menudo se plantan donde los muertos están enterrados en cajas, pero estas flores *nunca* se cortan. Sería *horrible*. Quien hiciera tal cosa sería considerado un *ladrón*. Esas flores pertenecen a los muertos.



La tristeza azul es la dulzura cortada en tiras con una tijera y después en pedacitos con un cuchillo, la tristeza del ensueño y la nostalgia: puede ser, por ejemplo, el recuerdo de una felicidad que ahora es solo un recuerdo, que se ha hundido en un nicho que no se puede desempolvar porque está fuera de tu alcance; diferente y polvorienta, la tristeza azul radica en tu incapacidad para desempolvarla, es tan inalcanzable como el cielo, es un hecho que refleja la tristeza de todos los hechos. La tristeza azul es aquello que deseas olvidar, pero no puedes, como cuando en un autobús de repente una imagina con absoluta claridad una bola de polvo en un armario, un pensamiento tan raro e indescriptible que una se sonroja, un rosa profundo se extiende sobre la realidad azul de la tristeza, creando una situación que solo se puede comparar a un templo, que existe, pero para visitarlo habría que recorrer dos mil kilómetros en raquetas de nieve y en trineos, quinientos a caballo y otros quinientos en barco, y mil más en tren.

LA MUJER QUE NO PODRÍA DESCRIBIR UNA COSA SI PUDIERA

Tenemos una casa. Hay un techo y hay ventanas. Creo que son cuadrados. Puedes ver a través de ellos, eso es seguro. Hay una puerta para entrar y salir de la casa. Funciona en ambos sentidos. ¡Y un suelo!

Salimos de la casa en un coche. El coche tenía ruedas, eran cuatro. Y había una puerta para entrar y salir. En realidad había cuatro puertas, también éramos cuatro, así que cada uno tenía su propia puerta. Adentro solo había espacio para sentarse, y una correa que cruzaba tu cuerpo en caso de que hubiera un accidente.

Un accidente es cuando sucede algo que se supone que no debe suceder y no quieres que suceda, pero sucede de todos modos. Ese día no tuvimos ningún accidente. En cambio, fuimos a un restaurante.

El coche se quedó fuera del restaurante y nosotros nos quedamos adentro. Un restaurante es un lugar que cocina para ti. Les das dinero para que cocinen. O para comer, no estoy segura.

Probablemente ya lo sepas, pero comer es cuando la comida entra en tu cuerpo. Luego sale por otra puerta de otra manera. (Cuando dije que el coche tenía cuatro puertas se me olvidó la quinta, la puertita por donde entra la gasolina).

Así que los cuatro estábamos en el restaurante. Parte de la comida era buena y parte de la comida era mala, pero cuesta

lo mismo. Mientras comes mantienes una conversación. Una conversación es hablar entre personas. Una persona dijo: "Estoy cansada del calor", y otra dijo: "Yo también". Yo dije: "A mí me gusta". El último de nosotros dijo: "¿Podríamos hablar de algo más que del clima?" Pensé que era algo interesante de decir.

Un pensamiento es hablar en silencio contigo mismo dentro de tu cabeza. Pero sin embargo lo puedes escuchar. Esta es la principal diferencia.

Después de comer y conversar, uno de nosotros dio dinero para estas cosas. Simplemente lo entregas y por un momento lo puedes ver, se está moviendo de una mano a otra mano y lo puedes ver, es papel. Pero no suele mostrarse, la mayor parte del tiempo mantienes tu dinero fuera de la vista. Casi nunca está en el aire. No es como un collar o algo así. Pero de tanto en tanto lo sacas y regalas un poco. Nunca regalas tu collar. Sin embargo, un collar es un signo de dinero. Simplemente es. Exhibes el signo de que tienes cosas escondidas. Va y viene, como una conversación.

Dos de nosotras llevábamos collares y dos no. Ese es un hecho que agregué más tarde, para que lo supieras.

Salimos del restaurante por la puerta. Ahí estaba el coche. En el coche no conversamos. Dejamos el coche cuando estaba frente a la casa.

Dentro de la casa hubo un accidente. Los accidentes suceden tan rápido que en realidad nunca los ves, así que nadie puede hablar de ellos. Después del accidente hubo otra conversación. Fue más larga que la conversación que tuvimos en el restaurante, a pesar de que éramos cuatro en el restaurante y ahora solo éramos tres.

Entonces llegó la hora de acostarse. Una cama es el lugar donde duermes. Si tienes un collar, te lo quitas. Tanto el collar como tú pasáis de una posición vertical a una posición horizontal. Pero no juntos.

Cierras los ojos, que estuvieron abiertos todo el día. Cierras la boca, que estuvo abierta todo el día. Piensas en el día. Tienes todo el día para ti mismo. Entonces empiezas a ver cosas dentro de tu cabeza que no pusiste ahí. Afuera de tu cabeza está muy oscuro y no puedes ver mucho, pero puedes ver las cosas "puestas" dentro de tu cabeza. Cuando eso pasa, sabes que estás dormido. Puede que no lo sepas, pero lo estás.

Estás dormido. El día se terminó. Ya no lo puedes describir. Así es la vida. Se acabó.

PAUSA

Hace poco me encontré con un viejo registro de llanto que llevé durante el mes de abril de 1998. “LL” representaba el hecho de que lloré, el número de “LL” representa el número de veces que lloré y “NLL” indicaba que ese día no lloré.

Lo más triste es que ahora encuentro el registro del llanto muy divertido y me río cuando lo miro.

Pero cuando lo escribí, me quería morir. Literalmente, suicidarme, con una plancha, una plancha humeante y encendida.

No era depresión, era menopausia.

Leer esto, o cualquier otra cosa que se haya escrito sobre la menopausia no te va a ayudar de ninguna manera, ya que la forma en que reacciones a la menopausia no depende de ti, depende de tu cuerpo, y aunque ahora creas que puedes controlar tu cuerpo (tal es tu fuerza después de todo ese yoga) no puedes.

Claro, tal vez tengas suerte: conozco a una mujer que no sintió la menopausia de ninguna manera, excepto que un día se dio cuenta de que habían pasado un par de años desde su último período, que de hecho fue el *último*.

Oyes hablar mucho sobre los sofocos, pero los sofocos son lo *de menos*, totalmente intrascendentes en todos los sentidos: te pones tan caliente como una plancha de vapor en momentos extraños, ¿y qué? Los medios de comunicación te van a hacer creer que los

sofocos son el síntoma más significativo hacia donde debes dirigir tu atención y sus productos, pero cuando pienso en la menopausia no pienso en sofocos. No he venido para hablar de sofocos.

Excepto para decirte que no cesan incluso después de que hayas pasado por completo la menopausia; se vuelven parte de tu vida como antes lo eran tus períodos, son periódicos y, después de un tiempo, dejas de hablar de ellos.

No, he venido para decirles que una mujer, una mujer que es la persona menos depresiva, optimista y alegre que conozco, se despertó una mañana y caminó directa a la cocina y agarró un cuchillo de carnicero (es una cocinera famosa) con la intención de atravesarse el corazón. Eso fue la menopausia.

Si te tomas el tiempo de leer los anales de cualquier asilo del siglo XIX, como yo hice, descubrirás que la "causa de ingreso" para todas las mujeres mayores de cuarenta años figura como *el cese de la menstruación*. A veces vi las palabras *cambio de vida*, que suena a eufemismo *pero no lo es*.

En otras palabras, te vuelves loca. Cuando te vuelves loca, no sientes la menor inclinación a leer nada de lo que Foucault escribió sobre la cultura y la locura.

Tal vez te acuerdes de tu decimotercer año en la tierra. La menopausia es la adolescencia de nuevo, solo que eres adulta y tienes que salir al mundo todos los días de una manera que no tenías que hacer cuando ibas al colegio, donde estabas rodeada de otros adolescentes, segura, o relativamente, en el refugio de la secundaria.

Eres alguien de trece años con la experiencia y la rutina diaria de alguien de cuarenta y cinco.

Algunos días tienes ganas de follarte un árbol, o un perro, lo que esté más cerca.

Tienes ganas de dejar a tu esposo o amante o pareja, lo que sea.

No importa cuán estable o amoroso sea el vínculo, te quieres ir.

Tal vez decidas emprender algo loco e imposible. Tal vez decidas caminar hasta Canadá, o decidas que es el momento perfecto para empezar a coleccionar porcelana antigua azul, tres mil piezas que te van a dejar en bancarrota. De repente, la solución a todos los problemas está en vender el reloj de oro de tu abuela o beber tu peso corporal en vinagre de sidra. Una especie de sangre salvaje del bosque corre por tus venas.

Este y otros comportamientos te van a horrorizar. Vas a buscar ayuda médica porque eres inteligente, y ninguna ayuda te va a ayudar.

Vas a sentir que tu vida ha terminado y tendrás toda la razón, se terminó.

No importa cuán atractiva o poco atractiva seas, estás acostumbrada a que otros te miren cuando esperas en la parada del bus o en la farmacia para comprar tampones. Te miraron para evaluar cuán atractiva o poco atractiva eres, así que no importa cuál sea el caso, te miraron. Esos días terminaron; ahora los demás miran directamente a través de ti, para ellos eres completamente invisible, te convertiste en un fantasma.

Ya no existes.

Como ya no existes, vas a hacer cualquier cosa para llamar la atención. Tal vez te afeites la cabeza o te tiñas el pelo o uses medias a rayas o le grites a completos desconocidos. ¿Las conoces, no? ¿Las mujeres de mediana edad que le gritan al encargado de la tienda?

Eres una adolescente deprimida que suda a través de su ropa y le dice cosas terribles a todos, especialmente a las personas que ama.

Empiezas a mentir. Tienes la necesidad de robar en las tiendas, y si conduces tienes la necesidad de chocar tu coche contra el coche que va delante.

Nada puede prepararte para esto.

Lo único que nadie te va a decir es que estas emociones y este comportamiento van a durar diez años. Es decir, una década de tu vida. Pregúntale a tu médico si esto es cierto y lo negará.

Después llega el día en que ves a una “mujer” que está comprando tampones y piensas en ella como una chica. Y lo es; cualquiera que tenga sus períodos es una chica. Sabes que esto es cierto y te resulta muy gracioso.

Eres una mujer, pasaron los diez años, amas a tus hijos, amas a tu amante, pero ya no hay personas en la tierra que te impidan ser tú misma, enterraste a tus padres, enterraste el pasado. Por supuesto, en el camino destruiste tu vida y tienes que rehacerla por completo y hay mucho dolor, arrepentimiento, nostalgia y

todo eso, pero aun así eres libre, libre para sentarte en la orilla y tirar piedras, y sentirte agradecida por los pocos años, o una o dos décadas que te quedan en las que puedes ser tú misma, incluso si muchas otras mujeres terminaron con sus vidas, incluso si se informa que la razón por la que terminaron con sus vidas fue por razones que no tienen nada que ver con la menopausia, que afortunadamente ha quedado atrás, ya que nunca querrías volver a ser una chica por ninguna razón, descubriste que ser invisible es el secreto más grande del mundo, el regalo más maravilloso que alguien podría haberte dado.

Si eres joven y estás leyendo esto, quizás podrás entender el brillo en los ojos de cualquier mujer de sesenta, setenta, ochenta o noventa años: ella no puede tomarte en serio (perdón) porque no eres más que una chica para ella, a pesar de tus bebés, tus zapatos, tu forma de hacer el amor y todo eso. Eres apenas una chica que juega a vivir.

Eres apenas una chica al borde de un gran bosque. Deberías estar asustada, pero en lugar de eso estás teniendo una cena encantadora, o estás cocinando una, o estás corriendo a la florería o estás abriendo una caja de flores que acaba de llegar a tu puerta, y ninguna de estas cosas las haces con el gran entusiasmo con el que las harás después.

Ni siquiera empezaste. Primero tienes que hacer una pausa, una pausa como la que siempre se debe hacer antes de un gran entusiasmo, aunque solo sea para tomar un respiro.

La vejez feliz viene descalza, trayendo consigo gracia y palabras amables, y maneras que la juventud sombría nunca ha conocido.